

La Palabra de Dios en el Sínodo de los Obispos y consecuencias catequéticas

*Mons. Ángel Rubio Castro
Obispo de Segovia*

En octubre de 2008 se celebró la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos en Roma, cuyo tema fue «La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia». Fue una Asamblea de gran significación en cuanto a los contenidos abordados y a la reflexión realizada, como siempre cauce para el ejercicio de la colegialidad episcopal. Esperamos, según es costumbre, que el Santo Padre ofrezca a toda la Iglesia la exhortación apostólica recogiendo el fruto de este encuentro, junto con las experiencias e informaciones sobre la vida de la Iglesia en las distintas regiones del mundo que han aportado los obispos.

Siguiendo el Mensaje al Pueblo de Dios y la homilía del papa Benedicto XVI en la clausura del Sínodo, el Papa invita a la lectura de la Biblia saliendo al paso de las interpretaciones subjetivas y pone la Palabra de Dios en el gozne del diálogo con la cultura moderna y del movimiento ecuménico e intercultural.

1) La Palabra de Dios es el alma, no sólo de la teología, sino también el alma de toda la pastoral catequética en la Iglesia

En su homilía afirma: es necesario que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura para que las personas, cuando encuentren la verdad, puedan crecer en el amor auténtico. Se trata de un requisito que hoy se hace indispensable para la evangelización. Y, ya que no pocas

veces el encuentro con la Escritura corre el riesgo de no ser «un hecho» de Iglesia, sino que está expuesto al subjetivismo y a la arbitrariedad, se vuelve indispensable una promoción pastoral robusta y creíble de la conciencia de la Sagrada Escritura para anunciar, celebrar y vivir la Palabra en la comunidad cristiana, en diálogo con las culturas de nuestro tiempo, al servicio de la verdad y no de las ideologías del momento e incrementando el diálogo que Dios quiere tener con todos los hombres.

Consecuencia catequética: Hay que fundamentar en la Sagrada Escritura las raíces de toda catequesis cristiana y hacerla presente, siempre que sea posible, de una manera explícita. De ahí la formación permanente en el espíritu bíblico.

2) El rostro de la Palabra siempre es Cristo. Él es mediador y plenitud de toda la Revelación. Toda la Biblia habla de Cristo: El Antiguo Testamento lo anuncia, el Nuevo Testamento lo cumple

Las Sagradas Escrituras son el «testimonio» en forma escrita de la Palabra divina, son el memorial canónico, histórico y literario que atestigua el evento de la Revelación creadora y salvadora. Por tanto, la Palabra de Dios precede y excede la Biblia, si bien esta está «inspirada por Dios» y contiene la Palabra divina eficaz (cf. *2 Tim* 3, 16). Por este motivo, nuestra fe no tiene en el centro sólo un libro, sino una historia de salvación y, como veremos, una persona, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, hombre, historia. Precisamente porque el horizonte de la Palabra divina abraza y se extiende más allá de la Escritura, es necesaria la constante presencia del Espíritu Santo que «guía hasta la verdad completa» (*Jn* 16, 13) a quien lee la Biblia por el Magisterio eclesial. Con la Tradición se llega a la comprensión, a la interpretación, a la comunicación y al testimonio de la Palabra de Dios. Las palabras sin un rostro no son perfectas, porque no cumplen plenamente el encuentro tal y como recordaba Job cuando llegó al final de su dramático itinerario de búsqueda: «Sólo de oídas te conocía pero ahora te han visto mis ojos» (*Job* 42, 5). Cristo es «la Palabra que está junto a Dios y es Dios», es «imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación» (*Col* 1, 15); pero también es Jesús de Nazaret, que camina por las calles de una provincia marginal del imperio romano, que habla una lengua local, que presenta los rasgos de un pueblo, el judío, y de su cultura. El Jesucristo real es, por tanto, carne frágil y mortal, es historia y humanidad, pero

también es gloria, divinidad, misterio: Aquel que nos ha revelado al Dios que nadie ha visto jamás (cf. *Jn* 1, 18). El Hijo de Dios sigue siendo el mismo aún en ese cadáver depositado en el sepulcro y la resurrección es su testimonio vivo y eficaz (nn. 3 y 4)¹.

Consecuencia catequética: El hecho de que Cristo sea la plenitud de la Revelación confiere a la catequesis su carácter eminentemente cristocéntrico. Toda catequesis es siempre cristocéntrica.

3) Siempre hay correlación entre la Palabra de Dios y la existencia de los hombres, que puede ser iluminada por el mensaje recreado

La tradición cristiana ha puesto a menudo en paralelo la Palabra divina que se hace carne con la misma Palabra que se hace libro. «La Palabra de Dios expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres» (DV 13). En efecto, la Biblia es también «carne», «letra», se expresa en lenguas particulares, en formas literarias e históricas, en concepciones ligadas a una cultura antigua, guarda la memoria de hechos a menudo trágicos, sus páginas están surcadas no pocas veces de sangre y violencia, en su interior resuena la risa de la humanidad y fluyen sus lágrimas, así como se eleva la súplica de los infelices y la alegría de los enamorados. La palabra está revestida de palabras concretas a las que se pliega y adapta para ser audible y comprensible a la humanidad (n. 5).

Consecuencia catequética: La catequesis educa al creyente para insertar la fe en la vida cotidiana y en los acontecimientos humanos.

1 Los números citados remiten al Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos.

4) El contenido de la Revelación es sobre todo exclusivamente una historia, un conjunto de acciones, de hechos que Dios ha realizado y sigue realizando para salvar al hombre

La Biblia también es Verbo eterno y divino y, por este motivo, exige otra comprensión, dada por el Espíritu Santo, que desvela la dimensión trascendente de la Palabra divina presente en las palabras humanas. Si nos detenemos sólo en la «letra», la Biblia entonces se reduce a un solemne documento del pasado, un noble testimonio cultural. Pero si se excluye la Encarnación, se puede caer en un equívoco fundamentalista o en un vago espiritualismo o psicologismo. El conocimiento exegético tiene, por lo tanto, que entrelazarse indisolublemente con la tradición espiritual y teológica para que no se quiebre la unidad divina y humana de Jesucristo y de las Escrituras (nn. 5-6).

Consecuencia catequética: La catequesis debe proclamar el designio de Dios revelado en la historia de la salvación que se nos manifiesta en un círculo de acontecimientos e intervenciones divinas, en el tiempo en orden a la salvación y la liberación total del hombre, de cada hombre.

5) El ministerio de la Palabra se ejerce de muchas y variadas formas. Todas ellas sirven para canalizar aquellas funciones básicas que el ministerio de la Palabra está llamado a desplegar

En la Iglesia resuena la Palabra de Dios, la catequesis está destinada a profundizar en el cristiano «el misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que todo el hombre sea irradiado por ella» (Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, 20). Pero el apogeo de la predicación está en la homilía que aún hoy, para muchos cristianos, es el momento culminante del encuentro con la Palabra de Dios. El anuncio, la catequesis y la homilía suponen, por lo tanto, la capacidad de leer y de comprender, de explicar e interpretar, implicando la mente y el corazón. En la predicación se cumple un doble movimiento. El primero se remonta a los orígenes de los textos sagrados, de los eventos, de las palabras generadoras de la Historia de la Salvación para comprenderlas en su significado y en su mensaje. Con el segundo movimiento se vuelve al presente, a la actualidad vivida por quien escu-

cha y lee siempre a la luz de Cristo, que es el hilo luminoso destinado a unir las Escrituras. Es lo que el mismo Jesús había hecho en el itinerario de Jerusalén a Emaús, en compañía de sus dos discípulos. Este es el momento del diálogo íntimo de Dios con su Pueblo, es el acto de la Nueva Alianza sellada con la sangre de Cristo (cf. *Lc 22, 20*), es la obra suprema del Verbo que se ofrece como alimento en su cuerpo inmolado, es la fuente y la cumbre de la vida y de la misión.

Consecuencia catequética: La catequesis inicia en el misterio de la Salvación, capacita para orar y celebrar la fe en la Liturgia, vive las actitudes evangélicas en una acción apostólica y misionera.

6) Dios se comunica totalmente cuando habla y se entrega a los hombres en su Palabra creadora y reveladora

La escucha auténtica es obedecer y actuar, es hacer florecer en la vida la justicia y el amor, es ofrecer, tanto en la existencia como en la sociedad, un testimonio en la línea de la llamada de los profetas que constantemente unía la Palabra de Dios y la vida, la fe y la rectitud, el culto y el compromiso social. La Biblia está llena de llamadas a «no callar», a «gritar con fuerza» a «anunciar la Palabra en el momento oportuno e inoportuno», a ser guardianes que rompen el silencio de la indiferencia. Los caminos que se abren frente a nosotros hoy no son únicamente los que recorrieron san Pablo o los primeros evangelizadores. Detrás de ellos, todos los misioneros fueron al encuentro de la gente en tierras lejanas (n. 10).

Consecuencia catequética: El ministerio profético de la Iglesia consiste en anunciar y comunicar la Palabra de Dios a todos los hombres para suscitar y alimentar la fe.

7) Dios se reveló en Jesús, imagen suya (Col 1, 15), y nos dio a conocer en Él mismo su Palabra hecha carne

Ciertamente, la Palabra sagrada debe tener una primera difusión por medio del texto impreso, con traducciones que respondan a la variedad de idiomas de nuestro planeta. Pero la voz de la Palabra divina debe resonar también a través de la radio, las autopistas de la información en Internet, los canales de difusión virtual *on line*, los CD, los DVD, los podcast y otros; debe aparecer en las pantallas televisivas y cinematográficas, en la prensa, en los eventos culturales y sociales. Jesús, en su anuncio del Reino de Dios, nunca se dirigía a sus interlocutores con un lenguaje vago, abstracto y etéreo, sino que les conquistaba partiendo justamente de la tierra, donde apoyaban sus pies para conducirlos de lo cotidiano a la revelación del Reino de los Cielos (n. 11).

Consecuencia catequética: En la catequesis el lenguaje audiovisual ocupa un lugar destacado. Los catequistas deben hacer suyas las nuevas formas de este lenguaje.

8) La familia cristiana se renovará con el Evangelio y está llamada a convertirse más y más a Él

La familia, encerrada en su hogar, con sus alegrías y sus dramas, es un espacio fundamental en el que debe entrar la Palabra de Dios. La Palabra de Dios se transmite de una generación a otra, por lo que los padres se convierten en «los primeros predicadores de la fe». Cada casa deberá, pues, tener su Biblia y custodiarla de modo concreto y digno, leerla y rezar con ella, proponiendo formas y modelos de educación orante, catequética y didáctica sobre el uso de las Escrituras (n. 12).

Consecuencia catequética: Los padres son los primeros catequistas de los hijos. La familia cristiana «debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y donde este se irradia» (EN 71).

9) La Palabra de Dios es fuerza transformadora y liberadora para construir la historia

La Biblia, que propone precisamente una fe histórica y encarnada, representa incesantemente este inmenso grito de dolor que sube de la tierra hacia el cielo. Bastaría sólo con pensar en las páginas marcadas por la violencia y la opresión, en el grito áspero y continuado de Job, en las vehementes súplicas de los salmos, en la sutil crisis interior que recorre el alma del Eclesiastés, en las vigorosas denuncias proféticas contra las injusticias sociales. Además, se presenta sin atenuantes la condena del pecado radical, que aparece con todo su poder devastador desde los exordios de la humanidad en un texto fundamental del *Génesis* (c. 3). En efecto, el «misterio del pecado» está presente y actúa en la historia, pero es revelado por la Palabra de Dios, que asegura en Cristo la victoria del bien sobre el mal. El cristiano tiene, pues, la misión de anunciar esta Palabra divina de esperanza, compartiéndola con los pobres y los que sufren, mediante el testimonio de su fe en el Reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y paz, mediante la cercanía amorosa que no juzga ni condena, sino que sostiene, ilumina, conforta y perdona (n. 13).

Consecuencia catequética: Los catequistas deben poner de manifiesto que la fe en Dios y en su salvación ofrecen vida en Cristo, dan la posibilidad de una vida llena de sentido para interpretar los acontecimientos humanos.

10) Enriquecer nuestra interpretación de las Sagradas Escrituras con los recursos fecundos de la tradición exegética judaica

También nosotros, los cristianos, por los caminos del mundo, estamos invitados –sin caer en el sincretismo que confunde la propia identidad espiritual– a entrar con respeto en diálogo con los hombres y mujeres de otras religiones, que escuchan y practican fielmente las indicaciones de sus libros sagrados, comenzando por el islamismo, que en su tradición acoge innumerables figuras, símbolos y temas bíblicos y nos ofrece el testimonio de una fe sincera en el Dios único, compasivo y misericordioso, Creador de todo el ser y Juez de la humanidad. El cristiano encuentra, además sintonías comunes con las grandes tradiciones religiosas de Oriente que nos enseñan

en sus escrituras el respeto a la vida, la contemplación, el silencio, la sencillez o la renuncia, como sucede en el budismo. O bien, como en el hinduismo, exaltan el sentido de lo sagrado, el sacrificio, la peregrinación, el ayuno y los símbolos sagrados. O, también, como en el confucionismo, enseñan la sabiduría y los valores familiares y sociales. También queremos prestar nuestra cordial atención a las religiones tradicionales, con sus valores espirituales expresados en los ritos y las culturas orales, y entablar con ellas un respetuoso diálogo; y con cuantos no creen en Dios, pero se esfuerzan por «respetar el derecho, amar la lealtad y proceder humildemente» (*Miq 6, 8*), tenemos que trabajar por un mundo más justo y en paz, y ofrecer en diálogo nuestro genuino testimonio de la Palabra de Dios, que puede revelarles nuevos y más altos horizontes de verdad y de amor (n. 14).

Consecuencia catequética: La catequesis está llamada a asumir siempre y en todas partes una dimensión ecuménica (CT 32) y ha de formar no sólo para la objetividad, la justicia y la tolerancia, sino también para la comprensión y el diálogo (DGC 191).

11) Es importante aprender todas las formas de lenguaje de la Biblia y de la Tradición sin reducirlas a una sola forma

La Biblia, como se suele decir, es «el gran código» de la cultura universal: los artistas, idealmente, han impregnado sus pinceles en ese alfabeto teñido de historias, símbolos y figuras que son las páginas bíblicas; los músicos han tejido sus armonías alrededor de los textos sagrados, especialmente los salmos; los escritores durante siglos han retomado esas antiguas narraciones que se convertían en parábolas existenciales; los poetas se han planteado preguntas sobre los misterios del espíritu, el infinito, el mal, el amor, la muerte y la vida, recogiendo con frecuencia el clamor poético que animaba las páginas bíblicas; los pensadores, los hombres de ciencia y la misma sociedad a menudo tenían como punto de referencia, aunque fuera por contraste, los conceptos espirituales y éticos (pensemos en el Decálogo) de la Palabra de Dios (n. 15).

Consecuencia catequética: Las manifestaciones pictóricas, escultóricas, musicales, etc. han destacado en la historia de la catequesis.

12) La Palabra de Dios se reviste necesariamente de los rasgos culturales, de las situaciones y tiempos en los que se hace presente

La Biblia –que también enseña la *via pulchritudinis*, es decir, el camino de la belleza para comprender y llegar a Dios («¡Tocad para Dios con destreza!», nos invita el *Sal 47, 8*) no sólo es necesaria para el creyente sino para todos, para descubrir nuevamente los significados auténticos de las varias expresiones culturales y, sobre todo, para encontrar nuevamente nuestra identidad histórica, civil, humana y espiritual. En ella se encuentra la raíz de nuestra grandeza y mediante ella podemos presentarnos con un noble patrimonio a las demás civilizaciones y culturas, sin ningún complejo de inferioridad. No obstante, la Palabra de Dios –para usar una significativa imagen paulina– no está encadenada (*2 Tim 2, 9*) a una cultura; es más, aspira a atravesar las fronteras y, precisamente el Apóstol, fue un artífice excepcional de inculturación del mensaje bíblico dentro de nuevas coordenadas culturales. La Iglesia tiene que hacer brillar los valores que la Palabra de Dios ofrece a otras culturas, de manera que puedan llegar a ser purificadas y fecundadas por ella.

Consecuencia catequética: La catequesis es proclamación de una palabra encarnada en narraciones históricas e incluye, por lo mismo, la narración de hechos significativos par el hombre.

Conclusión

La XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos concluyó sus sesiones el pasado 26 de octubre de 2008. Fue un acontecimiento eclesial muy importante, ha creado muchas expectativas y ha promocionado una pastoral bíblica entendida como eje transversal integrador y revitalizador de toda acción pastoral. En el trabajo que hemos ofrecido nos referimos principalmente a la catequesis como una de las formas del ministerio de la Palabra. A través del Mensaje al Pueblo de Dios que hemos analizado, se ha destacado el papel insustituible y fundamental de la catequesis para la transmisión de la Palabra de Dios, cuya peculiaridad radica en ser una etapa del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino.

La Palabra de Dios escrita «bajo la inspiración del Espíritu Santo» (DV 91) es imprescindible para fecundar la catequesis en la Iglesia contemporánea y ha de tener siempre un puesto preeminente en el ministerio de la Palabra.

Esperamos con mucho interés, no tardando mucho, que el Santo Padre nos ofrezca la Exhortación Apostólica que estudiaremos con piedad y recibiremos como un don de Dios a toda la Iglesia.